

Reseña de: Robert Jensen (2024). *Sé un hombre. Ensayos contra la masculinidad*. Eds. El Salmón

Savador Cobo Marcos (Ediciones El Salmón, España)

Cita bibliográfica: Cobo, S. (2025). Reseña de: Robert Jensen. *Sé un hombre. Ensayos contra la masculinidad*. Eds. El Salmón, 2024. *Disjuntiva*, 6 (1), 53-57. <https://doi.org/10.14198/DISJUNTIVA2025.6.1.5>

¿Abolir la masculinidad?

En los últimos años han sido muchos los libros que han abordado la problemática de la *masculinidad*, esto es, de qué manera se construyen social y culturalmente aquellos rasgos que estarían presuntamente ligados a la categoría biológica del hombre. Así, ha habido autores y autoras que han hablado de *nuevas masculinidades* (expresión muy presente en estos debates); de *masculinidades alternativas y disidentes*; de *deconstruir, desarmar o perforar* la masculinidad (Carabí y Armengol, 2015; Mérida Jiménez, 2016; Martínez Guirao, 2019; Ranea Treviño, 2021; Ramos, 2024).

El ensayista y periodista estadounidense Robert Jensen (1958) pretende ir un paso más allá, con una propuesta profundamente radical: no bastaría con reformar la masculinidad, sino que sería necesario *abolirla*.

Jensen se sirve en sus análisis, en primer lugar, de su propia experiencia como hombre, criado y socializado en su infancia y primera juventud en ambientes absolutamente normativos. Se nutre asimismo del pensamiento feminista, así como del activismo desarrollado por el autor durante tres décadas en la crítica feminista de la pornografía, fenómeno que trata ampliamente en libro que nos ocupa.

«Sé un hombre»: la construcción cultural de la masculinidad

Be a man. Este es el imperativo con el que Robert Jensen y, como él, millones de niños, nos hemos enfrentando desde que vamos creciendo. Pero, ¿qué quiere decir esa expresión, «sé un hombre»? Jensen explica cómo se articula la concepción dominante de la masculinidad en la cultura de su país (lo que prácticamente equivale a la cultura occidental en general):

Correo electrónico de correspondencia: contacto@edicioneselsalmon.com (Salvador Cobo Marcos)



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Se presupone que los hombres somos competitivos y agresivos por naturaleza, por lo que ser un «verdadero hombre» se caracteriza por la lucha por el control, la conquista y la dominación. Un hombre contempla el mundo, ve lo que quiere y lo toma. Los hombres que no están a la altura son motivo de sospecha: son *mariquitas*, *blandengues*, *nenazas*, *maricones*. El peor insulto que un hombre puede lanzar a otro [...] es la acusación de que un hombre es como una mujer, o que es gay [...] la fuerza de los hombres, expresada como dureza, [es] lo que nos define y lo que debe prevalecer sobre cualquier suavidad femenina. Esos aspectos de la masculinidad deben prevalecer para que un hombre sea un verdadero hombre.

Jensen pone mucho énfasis en señalar el carácter construido de la masculinidad. Explica que el patriarcado, como todo sistema de dominación y de opresión, pretende hacer pasar su fuerza y su legitimidad por algo natural, algo «dado», que no puede ser de otra manera. Al igual que el racismo presupone que los blancos son más inteligentes que las personas de color, justificando, como corolario, la supremacía blanca; del mismo modo que las desigualdades económicas se justifican en base a una presunta cultura del esfuerzo y capacidad de emprendimiento, lo que volvería natural que haya ricos y pobres... así, las jerarquías vinculadas al sexo y al género se fundamentan en las supuestas diferencias (de toda índole) entre hombres y mujeres.

El modo en que en la sociedad se piensan, elaboran y construyen las diferencias y similitudes entre mujeres y hombres, y cómo después son impuestas a la gente, es una cuestión política, y en tanto tal, está sujeta al debate y la discusión. Para el autor, no existe ninguna característica que pueda calificarse como «masculina», que los hombres poseamos en mayor grado que las mujeres: que existan diferencias biológicas entre hombres y mujeres no posibilita que puedan establecerse con certeza vínculos entre la biología y rasgos psicológicos o morales.

Otra cosa bien distinta es examinar y debatir acerca de los diferentes patrones de conducta que efectivamente se dan entre mujeres y hombres. Pero se trata (o debería tratarse) de un análisis preminentemente político: con independencia de que pudieran existir raíces biológicas en dichos patrones y comportamientos, el foco no debe situarse ahí, sino en constatar que:

- La masculinidad no es una realidad biológica, sino social.
- A los niños y hombres se nos socializa en esta clase de conductas.
- Asignar determinadas cualidades a un género es erróneo y sexista.
- Los rasgos asociados de manera predominante a los hombres resulta tóxico para las mujeres, y también para los hombres.
- Esta toxicidad es diferente para unos y otras: no es lo mismo sentirse oprimido por no poder expresar libremente tus emociones (en el caso de los hombres), que vivir bajo la constante amenaza de ser agredida, violada y asesinada (en el caso de las mujeres).

La pornografía: espejo de la masculinidad

A principios de la década de 1980, Robert Jensen comenzó a interesarse por la crítica feminista de la pornografía. Tanto como militante en diferentes colectivos y asociaciones, como desde su trabajo como académico y periodista, ha realizado un vasto análisis y estudio del porno y de la industria pornográfica, visionando cientos de películas y vídeos, así como entrevistando a actores, actrices, productores y consumidores. Sus conclusiones son contundentes: el porno tiene un papel fundamental en la construcción del sistema de opresión y violencia contra las mujeres.

Cabe señalar ante todo que Jensen toma como objeto de análisis y estudio el porno *mainstream*. Ha habido ocasiones en que algunas personas han afirmado que estaba dejando de lado otra clase de pornografía: porno hecho por mujeres, porno feminista, *postporno*, pero para Jensen el interés radica en el porno que más se consume, o mejor dicho, que más consumen los *hombres*: y de modo mayoritario, si no casi total, el porno al que más recurren se asienta sobre un desprecio y una violencia brutal contra las mujeres.

En cierto sentido, cabría ver el porno como un círculo: la pornografía contribuiría a construir un modelo de masculinidad, y dicho modelo de masculinidad llevaría a los hombres a consumir pornografía. Jensen aborda la

cuestión de otra manera: la pornografía entendida en tanto que espejo que muestra cómo los hombres —hombres impregnados de la concepción dominante de la masculinidad— ven a las mujeres, a las que les resulta muy difícil afrontar cómo son vistas, hasta el punto de sentir pavor por el hecho de que la pornografía resulte cada vez más virulenta y vejatoria para con las mujeres, y, al mismo tiempo, sea cada vez más mainstream, cada vez más consumida.

Esto es lo que Jensen denomina la «paradoja de la pornografía»:

Imaginemos lo que podríamos definir como la línea de la crueldad: la medida del nivel de crueldad manifiesta hacia las mujeres, y su degradación, en la industria de la pornografía de masas contemporánea. Esa línea está subiendo vertiginosamente. En segundo lugar, imaginemos la línea de la normalización: la medida de la aceptación de la pornografía en el seno de la cultura contemporánea. Esa línea también está subiendo, de forma igualmente pronunciada. Si la pornografía es cada vez más cruel y degradante, ¿por qué está cada vez más generalizada, en lugar de verse cada vez más marginada?

La paradoja, en realidad, no es tal, dado que la pornografía no sería tanto una desviación de la norma, como la representación de unos valores fuertemente arraigados en la sociedad: las lógicas de dominación y subordinación alrededor de las cuales construye el patriarcado la relación entre mujeres y hombres.

Ya en la infancia de Jensen, a mediados de la década de 1960, la pornografía —a través principalmente de revistas y, luego, del cine— era el modo en que a los niños se les ponía en contacto con lo que la autora feminista Sheila Jeffreys calificó de la «idea de la prostitución», esto es, entender la sexualidad como un acto de dominación masculina, que conlleva el control y la utilización de las mujeres con fines sexuales por parte de los hombres, que pueden comprar su sexualidad de distintas maneras, y que, además, consideran sexualmente excitante utilizar así a la mujer.

Resulta importante resaltar un factor que diferencia el modo en que se aborda la crítica de la pornografía desde el feminismo, para diferenciarlo de otros enfoques más vinculados a postulados religiosos y/o conservadores. Jensen explica que las feministas no consideran que haya expresiones o prácticas de la sexualidad que sean inmorales, sino que se trata ante todo de una cuestión política: analizar y cuestionar las diferencias de poder y la subordinación de la mujer respecto al hombre, y los estragos concretos que de ello se derivan.

Asimismo, es vital no considerar la pornografía como un fenómeno aislado de la sociedad, esto es, no tratarlo únicamente en tanto que tales o cuales imágenes de sexo explícito, sino situarlo en el contexto político, cultural y social en el que vivimos, y Jensen le da un nombre a ese contexto: la cultura de la violación.

La sexualidad y la cultura de la violación

Jensen se apoya en la filósofa feminista Marilyn Frye para argumentar cómo la sexualidad constituye una de las claves en la opresión de los hombres hacia las mujeres. Para Frye, dentro de los procesos de subordinación y subyugación de las mujeres hacia los hombres, el ámbito de las relaciones y los encuentros heterosexuales ocupa un lugar capital, desde el cortejo y el romance, el noviazgo y el matrimonio, al sexo consentido, la prostitución o las agresiones sexuales.

De ahí no debe colegirse que todos los hombres traten a las mujeres como esclavas sexuales, sino que los hombres, desde nuestra infancia, somos educados y socializados para entender el sexo como la obtención de placer mediante la posesión de la mujer, donde nosotros, los hombres, somos sujetos activos y dominantes mientras que las mujeres son seres pasivos, que además son cosificadas y convertidas eventualmente en mercancía:

La consecuencia predecible de ese estado de cosas es un mundo en el que la violencia, la violencia sexualizada, la violencia sexual y la violencia en el sexo son tan comunes que han de considerarse normales, es decir, una expresión de las normas sexuales de la cultura, no violaciones de las normas. Esto no significa que nuestra cultura apoye abiertamente la violación, pero sí respalda una visión de la masculinidad que invita a la violación.

El vínculo que acaba por establecerse entre *violencia*, sexual y no sólo, y dominación es tan fuerte, que diferentes estudios —algunos de los cuales son citados por el autor— muestran que un amplio número de mujeres que han sido víctimas de violencia sexual no entendían que hubieran padecido dicha violencia. Con todo, lo que resulta más perturbador es que un número aún mayor de hombres agresores sexuales no admiten haber cometido agresiones, hasta el punto de mostrar el deseo de querer incurrir de nuevos en la misma clase de prácticas y conductas.

Contra la masculinidad, abracemos el feminismo

Algunos estudios sobre violencia sexual han mostrado que una de cada tres niñas han sido víctimas de agresiones en su infancia; otros estudios elevan esa cifra a más de la mitad. Habida cuenta de que muchas mujeres muestran (lógicamente) reticencias y miedos a compartir experiencias de abusos, cabría constatar que la violencia contra las mujeres, sexual y de toda índole, es algo *estructural* en la sociedad patriarcal en que vivimos. Robert Jensen, sin embargo, va aún más allá de este análisis para ofrecer una perspectiva todavía más aterradora, al preguntarse sobre los efectos que la pornografía y la cultura de la violación tienen sobre los hombres que *no* violan: ¿Qué efectos tiene el material pornográfico sobre el comportamiento «corriente» de los hombres «normales»?

Es aquí donde los hombres debemos tener el arrojo de admitir que el patriarcado nos impregna hasta tal punto que ninguno de nosotros está libre de haber podido incurrir, en nuestras relaciones sexo-afectivas, en conductas que hay que enmarcar en la cultura de la violación. Esto es, cuando recurrimos a estrategias más sutiles y manipuladores con el fin de ejercer un control y afianzar nuestra posición de privilegio que *naturaliza* el dominio.

La concepción de la masculinidad constituye, para Jensen, la clave de bóveda de este dominio patriarcal, que es sistémico y estructural. Así, aunque concede que haya ocasiones en que pueda ser útil a nivel pedagógico hablar de «otras masculinidades» menos tóxicas, para mostrar alternativas a la versión predominante, el autor insiste en que es necesario despojarse de toda noción de masculinidad, dado que reforzaría la idea de que las diferencias físicas entre hombres y mujeres se traducen necesariamente en diferencias sociales: «Todo esfuerzo a corto plazo —explica Jensen— por redefinir la masculinidad para reducir los niveles de violencia debe ir de la mano de una toma de conciencia sobre el peligro inherente a la propia categoría de masculinidad».

Si los hombres nos sentimos reacios a renunciar a dicha categoría, a que existe algo inherentemente *masculino*, se debe, según Jensen, al miedo. ¿Miedo a qué? Miedo a ser identificado o leído como una mujer. Según su perspectiva, toda noción de masculinidad —desde las más misóginas y virulentas, hasta las que abogan por resignificar la categoría en base a rasgos como bondad, ternura, cuidado, protección, etc.— proporciona a los hombres un modo de garantizar de que *no son mujeres*. Y en un mundo donde el odio y la violencia hacia las mujeres es sistémico y estructural, esto supone un alivio.

Así pues, lo que Robert Jensen plantea en su libro es que si los hombres queremos ser seres humanos plenos, ante todo debemos dejar de ser hombres. Es decir, renunciar a la idea de la masculinidad, de que podamos definirnos cultural, social y políticamente en base a presuntas diferencias de raíz genética o biológica con respecto a las mujeres.

Los hombres, en tanto que personas provistas de una posición de privilegio, debemos mostrarnos despiadados con nosotros mismos y con dicha posición. Con todo, Jensen admite que incorporar la crítica feminista de la masculinidad, la sexualidad y la pornografía es algo harto complicado, dado que conlleva sacudir y socavar las bases mismas sobre las que se ha construido nuestra identidad desde niño; y es algo que puede resultar incierto y doloroso. Y, además, no existen recetas fáciles para «reinventarse como hombre feminista», ni existe una línea de meta ni de llegada que, una vez traspasada, nos posibilite despojarnos para siempre de la educación y la cultura patriarcal.

Pese a toda esta dificultad, Jensen considera este es el «regalo de sentirte incómodo» que el feminismo nos está brindando a los hombres. Dada la vasta magnitud y gravedad de la violencia que padecen las mujeres, nosotros

tenemos el deber de cuestionar todos, absolutamente todos los rasgos que asociamos a nuestra masculinidad. Hablar entre nosotros (tomando así ejemplo, de una vez, de las mujeres), hacer público nuestro malestar con respecto al carácter tóxico y opresivo que también tiene para nosotros la masculinidad. Y escuchar, leer y dialogar con las mujeres, con las pensadoras y activistas del feminismo, desde una posición no impositiva.

El camino que Jensen pretende mostrar es, pues, este: cuestionar y rechazar la masculinidad, renunciar a los privilegios y abrazar el feminismo.

Bibliografía

Carabí, À. y Armengol, J. M. (eds.) (2015). *Masculinidades alternativas en el mundo de hoy*. Icaria

Martínez Guirao, J. E. (2019). *Deconstruyendo la masculinidad: cultura, género e identidad*. Tirant Lo Blanch.

Mérida, R. M. (ed.) (2016). *Masculinidades disidentes*. Icaria.

Ramos, A. (2024). *Perforar las masculinidades*. Bellaterra.

Ranea, B. (2021). *Desarmar la masculinidad: los hombres ante la era del feminismo*. Catarata.